

repite en los lóbulos cerebrales por sus imágenes. Estas, teniendo la propiedad de resucitar espontáneamente, se asocian y evocan entre sí, según su tendencia mayor ó menor á renacer, y forman de este modo grupos. Estos grupos más ó menos complejos, agregados á las sensaciones y los unos á los otros, constituyen según la especie y el grado de su afinidad ó de su antagonismo, percepciones exteriores, recuerdos, previsiones, concepciones simples, actos de conciencia propiamente dichos. Finalmente, los signos que los resumen y los reemplazan forman ideas generales, y por consiguiente, juicios generales.—Tales son los materiales de nuestro espíritu, y tal el modo como se ajustan en conjunto. De igual modo, en una catedral, los últimos elementos son granos de arena ó de sílex formando piedras de distintas formas; unidas dos á dos, ó varias con varias, estas piedras forman masas cuyos empujes se equilibran; y todas estas asociaciones, todas estas presiones se ordenan en una vasta armonía.

## NOTA ACERCA DE LOS ELEMENTOS

Y LA FORMACIÓN DE LA IDEA DEL YO

Bajo el nombre de neuropatía cerebro-cardíaca, (1) el doctor Krishaber describe una enfermedad en la cual se ve muy bien cómo se forma y deshace la idea del yo. Según M. Krishaber, el rasgo esencial de la enfermedad es probablemente una contractura de los vasos que alimentan la región sensible cerebral donde se producen las sensaciones simples (2) y probablemente no hay

(1) *De la neuropathie cérébro-cardiaque*, por el doctor Krishaber, París, 1873, casa Masson. La obra contiene treinta y ocho observaciones. Gracias á la amabilidad del Dr. Krishaber he podido consultar el diario mismo de sus observaciones.

(2) Charcot, *Leçons sur les localisations cérébrales*, pág. 113. «Si la lesión recae en el tercio posterior al de cápsula interna de un pedúnculo cerebral, la presencia de la semianestesia cerebral será, por decirlo así, cosa fatal. Los haces que forman este tercio posterior... son un lugar de paso... una encrucijada en que las fibras centripetas... se encuentran todas representadas antes de dirigirse hacia las partes superficiales del cerebro. Este tercio posterior de la cápsula interna es probablemente el sitio de la contractura».

otra contractura más que esta; los vasos sanguíneos de los hemisferios permanecen en estado normal. El síntoma visible es una perversión de las sensaciones propiamente dichas, y nada más; esta perversión no alcanza al juicio, la razón, el recuerdo, y las demás operaciones que exceden á la sensación simple; todas estas operaciones permanecen intactas; el enfermo no es loco, rectifica las creencias falsas que le sugiere la extrañeza de sus impresiones; se resiste á estas creencias, las declara ilusorias, no está engañado; así el funcionamiento de los hemisferios es normal; no hay perturbación más que en la protuberancia anular y otros centros sensibles.

Pero como casi siempre la enfermedad acomete bruscamente, el efecto es inmenso; no es posible comparar mejor el estado del paciente sino con el de una oruga, que conservando todas sus ideas y todos sus recuerdos de tal llega á ser repentinamente mariposa con los sentidos, y las sensaciones de tal. Entre el estado antiguo y el nuevo, entre el primer yo, el de la oruga, y el segundo, el de la mariposa, hay profunda escisión, ruptura completa. Las sensaciones nuevas no hallan ya serie anterior en que puedan encajar; el enfermo no puede ya interpretarlas, servirse de ellas; ya no las reconoce, son para él desconocidas. De aquí dos conclusiones extrañas, la primera que consiste en decir: *Yo no soy*; la segunda, un poco ulterior, que consiste en decir: *Soy otro*. Trátemos de representarnos este estado extraordinario y veremos nacer poco á poco, pero muy lógicamente, estas conclusiones más extraordinarias todavía.

Todas las sensaciones, ó casi todas están alte-

radas. Un enfermo dice (1) que «cuando hablaba, su propia voz le parecía *extraña*; no la reconocía, no la creía suya. Cuando se le hablaba, se sentía aturdido como si varias personas le hablaran á la vez... No reconocía ni el gusto ni el olor de los manjares, y no distinguía los objetos al tacto, con los ojos cerrados. Además, sus sensaciones musculares estaban trastornadas; no sentía el piso al andar, lo que hacía sus pasos inciertos y le producía el temor de caerse; sus piernas se movían como por un resorte extraño á su voluntad; constantemente le parecía que no le pertenecían... Cuando hablaba con alguien, le *veía* dos cabezas incompletamente encajadas la una en la otra». Además, «los objetos habían perdido su aspecto natural; todo lo que veía había cambiado de modo de ser.»—«La extrañeza de lo que veía, dice, consistía en que me creía transportado á otro planeta.—«Estaba constantemente *admirado*, le parecía que se encontraba en este mundo *por primera vez*. No había en su espíritu referencia alguna, ninguna relación entre lo que le rodeaba y su pasado». Esta perturbación era más fuerte que nunca cuando entraba en una casa *extraña*. «No podía ya, dice, orientarme al abandonarla, ó al menos, me era preciso hacer un largo y penoso esfuerzo para volver á encontrarme.—Muchas veces le ha ocurrido hallarse á corta distancia de su morada y no poder reconocer el camino sino después de largos esfuerzos de reflexión; dos ó tres veces se sentó en el camino, desesperando de volver á encontrar su casa, y se puso á llorar amargamente».

(1) Observación núm. 2.

Otro enfermo (1) escribe: «Tenía honor de ir á Divonne, país nuevo para mí. Fué necesario que uno de mis amigos se ofreciera á acompañarme; sin esto, no habría partido, y sin embargo, á causa de mi hiperestesia del oído, preveía el estado lamentable en que me pondría el ruido de la ciudad en París. Un poco más tarde, en Gnebra, me colgué con terror al brazo de mi amigo, sintiéndome perdido si me abandonaba un instante. Es que cuando me encontraba solo en un sitio nuevo, estaba como un niño recién nacido, como Gaspar Hauser al salir de su cueva, no reconociendo ya nada, incapaz de sacar de mis sensaciones perversas, ninguna indicación para guiarme».

Luego, volviendo á la historia de su enfermedad, añade: «La primera sensación que he experimentado era una oleada que me subía á la cabeza. Era el 25 de Noviembre de 1869. En la quincena anterior, tenía perturbaciones visuales poco acentuadas. Me acuerdo perfectamente de haber dicho á un amigo que los objetos me parecían *variados de aspecto*; había también hiperestesia de la vista, y llevaba hacia mucho tiempo anteojos ligeramente coloreados... El 25 de Noviembre, inmediatamente después de haber tenido la sensación de esta oleada de calor, fuí acometido de zumbidos del oído, y sobrevino el oscurecimiento intelectual. Como tenía un periódico en la mano, pude observar inmediatamente que no comprendía su sentido. Al ponerme en pié, estaba titubeante, los objetos daban vueltas á mi alrededor, y sentí resplandores en la vista. Me miré en

(1) Observación 33 completada conforme á notas del Dr. Krishaber.

un espejo, y pude notar que no tenía el rostro desfigurado. Por otra parte, la idea de una hemorragia cerebral no me preocupaba mucho; me creí más bien envenenado; lo creí tanto, que tracé apresuradamente algunas palabras en una hoja de papel, indicando lo que sentía y temiendo no poder dar ya informes algunos momentos después. Pero me repugnaba llamar á nadie. Ni aún llamé á mi criada, persuadido de que nada había que hacer; me eché en un sofá y esperé.—Me parecía que algo tendía á aislarme del mundo exterior; al propio tiempo se formaba como una atmósfera *oscura* alrededor de mi persona; veía, sin embargo, muy bien que era pleno día. La palabra *oscura* no expresa exactamente mi pensamiento; sería necesario decir *dumpf* en alemán, que significa también pesado, denso, suave, distinto. Esta sensación era, no sólo visual, sino cutánea. La atmósfera *dumpf* me envolvía; la veía, la sentía; era como una capa, un algo mal conductor que me aislaba del mundo exterior (1). No sabría decirnos cuán profunda era esta sensación; me parecía estar trasportado muy lejos de este mundo y maquinalmente pronunciaba en *alta voz* las palabras: *Estoy muy, muy lejos*. Sabía, sin embargo, muy bien que no estaba alejado; recordaba muy distintamente todo lo que me había ocurrido; pero *entre el momento que había precedido y el que había seguido á mi ataque, había un intervalo de inmensa duración, una distancia como la de la tierra al sol*.

»A partir del primero ó del segundo día, me fué

(1) La misma impresión de *aislamiento* en el enfermo número 2.

imposible durante algunas semanas observarme y analizarme. El sufrimiento (angina de pecho) me abrumaba; tan solo hacia los primeros días del mes de Enero pude darme cuenta de lo que sentía. Los síntomas eran continuos con accesos muchas veces repetidos y que duraban algunas horas. He aquí el primero de los que he conservado un recuerdo claro: «Estaba solo cuando, atacado ya de perturbaciones visuales permanentes, fui acometido súbitamente de una perturbación de la vista infinitamente más acentuada. Los objetos parecían achicarse y alejarse hasta el infinito; hombres y cosas estaban á distancias inconmensurables. Yo mismo estaba muy lejos. Miraba á mi alrededor con terror y asombro, *el mundo se me iba*. Salí y tomé un coche. Debí hacer esfuerzos sobrehumanos para recordar que estaba en mi calle, que era yo el que andaba, que hablaba al cochero; me admiraba en extremo ser comprendido por él, porque notaba al mismo tiempo que mi voz estaba en extremo alejada de mí, que por lo demás no se parecía á mi propia voz. Golpeé el suelo con el pie y me di cuenta de su resistencia, pero esta resistencia me parecía ilusoria, no me parecía que el suelo estuviera blando, sino que el peso de mi cuerpo se hubiera reducido casi á nada. No me sentía precisamente ligero, porque estaba muy cansado, aniquilado, pero tenía la sensación de no tener peso.—Lo más notable era la perturbación visual. Mirando por una lente muy cóncava del número 2 ó 3, por ejemplo (tengo la vista casi normal), percibo algo análogo, aproximadamente que los objetos me parecían menos pequeños en aquel momento. Lo mismo ocurre mirando por un antejojo del lado de la lente gran-

de, esta comparación es aún más justa, pero hay que corregirla, quiero decir también que los objetos me parecían menos pequeños, pero mucho más *alejados*. He aquí otra particularidad, desde el punto de vista de la forma. Los objetos me parecían *planos*; cuando hablaba con alguien le veía como una imagen recortada, su relieve se me escapaba, esta última sensación ha durado machísimo tiempo, durante varios meses de un modo continuo, durante dos años de un modo intermitente. Las perturbaciones del oído eran absolutamente constantes, me parecía que mis oídos estaban taponados, me admiraba oír, pero oía en efecto, muy distintamente y aun con gran exceso, porque la hiperestesia auditiva constituía uno de mis mayores tormentos. El tacto estaba poco perturbado, aparte de lo que he señalado hace un momento, el gusto menos todavía, existía una hiperestesia del olfato que ha persistido, pero que nunca ha sido excesiva como la del oído y la vista. Los anteojos más oscuros no me bastaban, me los puse dobles, y finalmente tuve la idea de ennegrecer mis anteojos con negro de humo... Constantemente me ha parecido que mis piernas no eran ya mías; poco más ó menos lo mismo me ocurría con los brazos; en cuanto á mi cabeza, me parecía no existir... Creía que obraba por un impulso extraño á mí, automáticamente. A veces me preguntaba lo que iba á hacer. Asistía como espectador desinteresado á mis movimientos, á mis palabras, á todos mis actos. Había en mí un ser nuevo y otra parte de mí mismo, el ser antiguo que no tomaba ningún interés por este. Yo me acuerdo de haberme dicho algunas veces que los sufrimientos de este nuevo ser me eran

indiferentes. Nunca, por lo demás, me han engañado realmente estas ilusiones, pero mi espíritu se cansaba muchas veces de corregir incesantemente las impresiones nuevas y me dejé llevar por la vida desgraciada de este nuevo ser. Tenía un ardiente deseo de volver á ver mi antiguo mundo, de volver al antiguo yo. Este deseo es el que me ha impedido matarme... Era otro, y odiaba, despreciaba á este otro, me era en absoluto odioso; cierto que era otro que había revestido mi forma y tomado mis funciones.»

Aquí es necesario distinguir. «En los primeros tiempos é inmediatamente después de mi ataque, dice el excelente observador (1), me ha parecido que no era ya de este mundo, que *no existía ya*, que *no existía*. No tenía el sentimiento de ser otro; no, me parecía que *en absoluto no existía*. Tentaba mi cabeza, mis miembros, y los sentía. Sin embargo, me ha sido precisa una gran concentración de espíritu y voluntad para creer en la realidad de lo que tocaba. El coronel inglés (2) á veces ha creído realmente que ya no existía; me ha dicho que entonces permanecía horas enteras inmóvil, como en éxtasis sin comprender nada del mundo exterior. Hay que distinguir esta primera y profunda impresión de todas las demás que van á seguir».—En efecto, en esta primera etapa, las sensaciones nuevas lo eran demasiado; no habían sido repetidas un número bastante grande de veces para formar en la memoria un grupo distinto, una serie coherente, un segundo yo; tal es la oruga de

(1) Observación 38. Notas autobiográficas manuscritas, redactadas después de la completa curación.

(2) Observación 2.

que hemos hablado, en el primer cuarto de hora que sigue á su metamorfosis en mariposa; su nuevo yo no está todavía formado, está en camino de formación; el antiguo que no experimenta más que sensaciones desconocidas, ha de decir: no soy ya, no soy.—«Más tarde y en un segundo período, dice nuestro observador, cuando por un largo uso hube aprendido á servirme de mis sensaciones nuevas, me aterrorizaba menos estar solo y en un país que no conocía; podía, aunque con dificultad, guiarme; había formado de nuevo un yo; me sentía existir, aunque otro». Es necesario tiempo para que la oruga se habitúe á ser mariposa; y si conserva, como en este caso, todos sus recuerdos de tal, hay en adelante una lucha perpetua y horriblemente penosa entre los dos grupos de nociones ó impresiones contradictorias, entre el antiguo yo, que es el de la oruga, y el nuevo, que es el de la mariposa.—En el segundo período el enfermo dice: Soy otro, en vez de decir: ya no soy. Acerca de este punto casi todos emplean el mismo lenguaje. «Me sentía tan completamente cambiado, que me parecía haber llegado á ser otro (3); este pensamiento se me imponía sin que una sola vez, sin embargo, haya olvidado que era ilusorio».—«A veces me parece no ser yo mismo, ó bien me creo sumergido en un ensueño continuo».—«Me ha parecido literalmente que ya no era yo mismo».—«Dudaba de mi propia existencia, y aun por momentos dejaba de creer en ella».—«Muchas veces me parece que no soy de este mundo; mi voz me parece extraña, y cuando veo á mis compañeros de hospital, me digo: «Son las figuras de

(3) Observaciones 88, 37.

un ensueño».—Parece al enfermo «que es un autómeta»; «siente que está fuera de sí mismo».—No «se reconoce ya; le parece que ha llegado á ser otra persona».

M. Krishaber y el enfermo curado de la observación 38 van aún más lejos; piensan que el enfermo no se engaña creyendo que es otro. «No solo, dice este último, me ha parecido que era otro, sino que yo era efectivamente otro»; un yo diferente ha sustituido al primero. En efecto, las sensaciones constituyentes del yo eran otras, y, por consiguiente, los gustos, deseos, facultades, afectos morales, eran distintos. Así el yo, la persona moral, es un producto cuyos primeros factores son las sensaciones; y este producto considerado en diferentes momentos no es el mismo, ni aparece como el mismo, sino porque sus sensaciones constituyentes permanecen siempre las mismas. Cuando súbitamente estas sensaciones llegan á ser otras, viene á ser otro y se presenta como *otro*; es preciso que vuelvan á ser las mismas para que vuelva á ser el mismo y se presente de nuevo como tal. Aquí la experiencia confirma la teoría. En efecto, según el Dr. Krishaber, «la perturbación particular en virtud de la cual el enfermo pierde hasta cierto punto el sentimiento de su propia persona no desaparece sino cuando las perturbaciones de la sensibilidad á que vá unida han desaparecido» (1).—En mi sentir, esto es decisivo, y encuentro el corto relato que acaba de leerse más instructivo que un volumen metafísico acerca de la sustancia del yo.

FINDEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

(1) *De la névropathie cérébro-cardiaque*, 181.

## INDICE

### SEGUNDA PARTE

#### LAS DIVERSAS ESPECIES DE CONOCIMIENTOS

##### LIBRO PRIMERO

##### MECANISMO GENERAL DEL CONOCIMIENTO

Páginas.

##### CAPÍTULO PRIMERO.—LA ILUSIÓN..... 3

I. Resumen de la primera parte.—Elementos del conocimiento humano. Principales compuestos que forman sus combinaciones.—El nacimiento y la rectificación de una ilusión son los dos procedimientos por los cuales se forman en nosotros nuestras diversas especies de conocimientos.

II. Ejemplos.—Ilusión producida por el teatro.—Ilusiones de óptica.—Ilusión de los amputados.—Ilusión de los alucinados.—La condición suficiente de la creencia ó juicio afirmativo es la presencia de la sensación ordinaria.—No importa que la sensación esté provista de sus antecedentes ordinarios.—Pruebas.—Cuando la condición del trabajo mental está dada, prosigue ciegamente, como el trabajo vital.